


MENSAJE DEL LCDO. RAFAEL HERNANDEZ COLON
Gobernador de Puerto Rico
1973-76; 1985-92



**FUNDACION
BIBLIOTECA
RHC**

**EN OCASION DE LA PRESENTACION DEL LIBRO DEL
SR. ALEX W. MALDONADO
LUIS MUÑOZ MARIN: PUERTO RICO'S DEMOCRATIC
REVOLUTION**

Castillo Serrallés
Ponce, Puerto Rico
Miércoles 19 de abril de 2006
7:00 P. M.

Alex Maldonado, un puertorriqueño nacido en Nueva York, de padres caborrojeños, llegó a Puerto Rico en el 1959 en el apogeo de nuestra era dorada cuando nuestro pueblo dio su gran salto adelante en su desarrollo político, económico, social y cultural bajo el excepcional liderazgo de Luis Muñoz Marín. En educación, salud, longevidad, igualdad humana, libertad personal, oportunidades, productividad, ciencia, tecnología, modernidad, bienestar general, integridad y eficacia en la administración pública, cambio a través de la ley y la ley como producto del proceso democrático, nos situamos en la vanguardia del hemisferio.

Alex, quien quiere que su epitafio lea: "Era un periodista, no era un popular", se ha distinguido por la objetividad y profundidad de su trabajo periodístico desde que comenzó su carrera como reportero del San Juan Star, pasando por la dirección del periódico El Mundo, hasta ser dueño de su propio periódico, El Reportero. Su trayectoria fue una escuela de Inmersión en la problemática puertorriqueña y en la política gubernamental para atender a la misma. Su primer libro sobre este particular fue sobre Teodoro Moscoso y la Operación Manos a la Obra. Ahora publica el que les presento sobre Luis Muñoz Marín y la Revolución Democrática de Puerto Rico.

La biografía de Muñoz por Maldonado se inserta en los principales acontecimientos de la historia de Puerto Rico durante el siglo 20. La vida de Muñoz está íntimamente atada a la Revolución Democrática de que nos habla Maldonado. Los sucesos y los personajes de aquel drama presentan caracteres y formas contradictorias de ser y de entender a Puerto Rico que subsisten al día de hoy. La biografía de Muñoz no es otra cosa que la lucha del pueblo puertorriqueño desde sus limitaciones y posibilidades, desde sus valores y sus contradicciones, desde su desesperanza y sus anhelos, para superarse y alcanzar un nivel más alto de civilización.

Muñoz Marín, cuyos padres se casaron en la Santa Catedral de esta ciudad de Ponce donde Muñoz Rivera publicaba su periódico La Democracia, nació en San Juan el 18 de febrero de 1898, año en que se instaura la Carta Autonómica, logro de su padre frente al gobierno español.

Maldonado documenta su biografía de Muñoz comenzando por las luchas de Luis Muñoz Rivera por nuestras reivindicaciones políticas frente a España y luego frente a Estados Unidos que enmarcan el nacimiento, la adolescencia y la temprana juventud de Muñoz la cual transcurre entre San Juan, Nueva York y Washington. Siguen sus años de bohemia, de inspiraciones literarias, de su matrimonio con la poetisa Muna Lee, de sus incursiones impulsivas en la política puertorriqueña con Santiago Iglesias. Luego su elección como Senador por el partido Liberal, su apoyo a la independencia, su rompimiento con Barceló en Naranjales, el orden que trajo a su vida Inés María

Mendoza desembocando en la fundación del Partido Popular Democrático en 1938.

Muñoz emerge como líder importante en la política puertorriqueña durante el primer término de Franklyn Roosevelt, como presidente de los Estados Unidos. Formado en las ideas del socialismo democrático prevalecientes en Estados Unidos para aquella época, Muñoz encontró un aliado en el último gobernador norteamericano, Rexford Tugwell, para el programa de justicia social inspirado por reivindicaciones contra jornales de 6 centavos la hora, de 8 centavos la hora, de 12 centavos la hora, por el sudor de un hombre, con el cual Muñoz, dejando de lado el 'issue' del status político, gana las elecciones de 1940.

Para comprender la grandeza de Muñoz y su obra, vale recordar, a la luz del Puerto Rico de hoy, aquel analfabetismo del cuarenta, con la mitad de nuestros niños sin aula para el estudio; aquel pueblo enfermo, desnutrido por el hambre y debilitado por la tuberculosis y la malaria.

Vale que recordemos aquella pequeña universidad de 5,000 estudiantes donde no había sitio para el hijo del pobre; aquellos caminos polvorientos que no llevaban a ninguna parte; aquel desempleo crónico sin solución visible; aquella mezcla extraña de desesperación y rebeldía; y aquel presupuesto de hambre de \$14 millones de dólares para atender todas las necesidades de un país entero que no se resignaba a su suerte. Aquellas miserias que angustiaban el alma de nuestro pueblo, eran los adversarios de la conciencia de Luis Muñoz Marín. Pocos pueblos deben tanto a la

pasión por la justicia, a la conciencia, al liderazgo de un hombre como lo que debemos los puertorriqueños a Muñoz.

Para llevar a cabo la revolución pacífica Muñoz agrupó líderes sumamente capaces y comprometidos como Ernesto Ramos Antonini, Samuel R. Quiñones, Vicente Géigel Polanco, Luis Negrón López, Jesús T. Piñero, Antonio Fernós Isern y muchos otros.

El gobernador Tugwell formaba parte del grupo de asesores de alto nivel del presidente Roosevelt. En su libro *El Arte de la Política*, escrito después de su incumbencia en Puerto Rico Tugwell ubica a Muñoz al nivel de lo que fue Franklyn Roosevelt para Estados Unidos o Fiorello La Guardia, para Nueva York.

Sin duda, Muñoz fue un líder fuera de serie, el tipo de gobernante que solo le viene a los pueblos en pocas ocasiones de su historia. Dentro del contexto democrático, durante el pasado siglo podemos recordar, además de Roosevelt, a Winston Churchill, a Mahatma Ghandi, a Charles de Gaulle, o a Martin Luther King, como líderes de esta talla. Pero estos se desempeñaron dentro de un escenario mucho más amplio que el de nuestra pequeña Isla caribeña.

El libro de Maldonado termina citando unas expresiones de un fuerte crítico de Muñoz, Gordon Lewis, profesor británico, marxista de la Universidad de Puerto Rico que se publican en el *San Juan Star*, pocos días después del 30 de abril de 1980, la fecha en que murió Don Luis. Fecha que yo recuerdo como el día en que las nuevas generaciones de aquella época descubrieron a Muñoz por la

enorme e incontenible manifestación del duelo de su pueblo. La cita de Lewis lee como sigue:

"Llega un momento en la vida de los pueblos cuando la muerte de un gran líder desata, como la pavorosa inspiración de una erupción volcánica, todas las profundas y poderosas emociones que constituyen el sentido del ser nacional. Nadie que estuvo en las largas y pacientes filas de puertorriqueños de todas las clases y de todos los ideales políticos frente al Capitolio, o que observó aquella larga y trágica caravana del último viaje de Don Luis a Barranquitas reminiscente del largo viaje de Lincoln muerto desde Washington hasta Springfield, Illinois, en 1865, pudo dejar de sentir que estaba asistiendo a un verdadero evento histórico. ...

No hay duda que merecía esta tremenda efusión de amor y devoción. Según Churchill personificó a Inglaterra, según Franklyn Roosevelt personificó a Estados Unidos, Muñoz personificó a Puerto Rico. Era el patriota total ... en su propia persona, fue la encarnación de lo puertorriqueño.

Como artífice maestro del gran arte de la política, tenía clase, como dicen los británicos. ... Nunca fue sumiso con los amos del Norte, porque sabía que él era mejor que la mayor parte de ellos. ...

Sobre todo, como un gran líder carismático, forjó un lazo de amor y de afecto entre él y su pueblo que ninguna fuerza ajena podía corromper o ningún elemento exterior podía contaminar. El lazo corría profundo dentro de las raíces de la

síquica colectiva puertorriqueña; y Muñoz lo usó, pero no lo explotó para fines pequeños o egoístas. No había odio en su corazón. Siempre había amor y compasión. Cuando reflexiono sobre el paso del tiempo y de la marea en su vida, y su muerte tan llorada, recuerdo, como británico, la frase gráfica del Primer Ministro Gladstone cuando John Henry Newman hizo su famosa conversión de la iglesia de Inglaterra a la iglesia de Roma. Fue, dijo Gladstone, como si la gran campana de una catedral dejara de repicar. Para aquellos de nosotros que tuvimos el privilegio de conocer a Muñoz, esa campana repicará hasta el fin de nuestras vidas.

El repicar que sintió el pueblo de Puerto Rico fue el repicar de la conciencia, de la voluntad, de Luis Muñoz Marín, del profundo amor que por su pueblo sentía, y de su inquebrantable compromiso con ese pueblo hasta que expiró su último aliento. La campaña que llevó a cabo Muñoz barrio por barrio y pueblo por pueblo desde 1938 al 1940, enlazó el espíritu del líder con el espíritu del pueblo. La Revolución Democrática de Puerto Rico que es el título que Maldonado le da al libro sobre Muñoz, comienza con esa campaña. La obra de Muñoz fue obra en democracia, obra del líder y del pueblo. La fuerza vino de las urnas, de la sintonía con el dolor, las carencias, los temores y las esperanzas de ese pueblo y los ideales que movían el corazón del líder.

Dejémos que sea el mismo Muñoz el que nos lo diga:

"Hubo veces en que Puerto Rico aparecía ante mis ojos como una interminable vereda entre montes y vegas y caras adoloridas. La vereda fue mi casa y mi camino; y el dolor y el afecto humano, mi compañía y entre el dolor y el afecto, como una tenue semilla, la esperanza.

"De aquella enorme tertulia con mi pueblo, aprendí muchas cosas. Aprendí que hay una sabiduría de pueblo, en campos y poblaciones que la educación puede instrumentar pero no mejorar en sus magníficas esencias humanas. Yo le enseñaba algo a muchos de ustedes, pero ustedes me enseñaban más a mí. Aprendí que, en la sabiduría del pueblo, la libertad se entiende como cosa mucho más honda del corazón, de la conciencia, de la vida diaria, del surco y el arado y la herramienta, de la dignidad personal en todo eso... Aprendí muchas cosas, probablemente muchas más cosas que las que todavía sé que he aprendido --porque se aprende por siembra en el ánimo, cosas que después se cosechan por el entendimiento. Y aprendí mejor que muchas otras, una cosa de la que ya sabía antes: que es indigno de la conciencia, que es la negación de todo ideal, el arriesgar por conceptos abstractos, la esperanza de mejor vida, la profunda creencia en la libertad integral de la gente buena y sencilla que puebla de caminatas la larga vereda que a veces cruza calles y plazas que es Puerto Rico. Y aprendí todo esto y que la gran masa del pueblo de Puerto Rico quiere las anchas hermandades con sus conciudadanos de la Unión Americana, con todos los hombres de la tierra, mejor que las agrias estrecheces de la separación.

"En lo político, el ensanche que ha podido tener mi propio pensamiento, puede servir para ilustrar en alguna forma la manera en que esta generación ha buscado y a mi juicio está encontrando, la verdad política, el ideal político que más justamente se adapte a la complicada necesidad de nuestro pueblo en su gran busca de la libertad integral --la libertad en todos sus aspectos, en vez de limitada a sólo algunos: libertad del miedo al hambre; libertad del miedo a la inseguridad; libertad del temor a que se supriman libertades de los individuos, de los hogares".

Líder y pueblo se convirtieron en una sola persona. El líder con fe en algo eterno, inmutable, --la justicia, la libertad--, con nobleza en el proceder, con valor y determinación frente a los adversarios de los valores que él y el pueblo querían hacer prevalecer. El líder con un pensamiento sublime y una entrega a la consecución de difíciles empresas que sólo se realizan por la constancia del servicio y la energía del sacrificio. El pueblo, con su enorme aportación de sentido común; de esa sabiduría que no se aprende en la escuela, sino en el contacto constante con la realidad, con las contingencias y flaquezas de la vida real. Ambos, el líder y pueblo, estuvieron en continua lucha entre el espíritu y la materia y sin embargo, el uno no podía vivir sin el otro y se buscaban y se amaban y se creían parte integrante de su ser de tal manera que el líder no podía estar sin el pueblo ni el pueblo sin el líder.

Esta interacción del pueblo y de la realidad sobre la conciencia y los ideales del líder produjo en Muñoz, como nos dice

Maldonado, o como diría el propio Muñoz, tres guerras civiles. Una al haber vivido una vida muy larga y haber servido los intereses de la burguesía mientras que había algo en su ser que clamaba por una vida de arte, de poesía, de bohemia en solidaridad con el trabajador, con los pobres, y con los oprimidos; otra, entre la justicia y el desarrollo, el choque entre el socialismo que es moral pero ineficiente, y el capitalismo que es inmoral y eficiente; y otra, en cuanto a su necesidad de servir a los dos Puerto Rico que para él existían y que chocaban entre sí. Un Puerto Rico, la patria; el otro Puerto Rico, el pueblo.

Servirle a la patria era, según la conciencia de Muñoz, servirle a la nación en su ser colectivo con su propia historia y su propia identidad cultural. Servirle al pueblo era servirle en su existencia como individuos, como familias, como clases sociales. Mientras que el sentido colectivo exigía la consagración del ser nacional, el puertorriqueño de carne y hueso exigía justicia social y económica. De esta guerra civil entre la independencia y la justicia social, surgió el Estado Libre Asociado.

Las primeras batallas se producen en 1944 por la formación del Congreso pro-Independencia por un grupo de populares encabezado por el doctor Gilberto Concepción de Gracia. Le siguen las vistas en el Congreso en el '46 del segundo proyecto Tydings en favor de la independencia a las cuales comparece Muñoz apoyando la misma pero bajo condiciones que la hicieran económicamente viable. Luego viene el devastador informe del economista Dorfman de la Comisión Tarifaria de los Estados Unidos que establecía que los tratados internacionales de Estados Unidos impedían que se

establecieran las condiciones que quería Muñoz para Puerto Rico pues tendrían que concederse a las otras naciones con las cuales Estados Unidos tenía tratados. Al no poder establecer bajo la independencia condiciones tarifarias especiales para la entrada de los productos de Puerto Rico a Estados Unidos, se hacía imposible la industrialización de Puerto Rico y por tanto la erradicación de la pobreza extrema contra la cual luchaba Muñoz. Cuenta Maldonado que cuando Dorfman se reunió con Muñoz para explicarle su informe, Muñoz salió de la reunión con lágrimas en los ojos. Había perdido la guerra entre la independencia y la justicia social. Pero no había perdido la guerra entre la libertad y la justicia social. Tenía que crear y en eso somos buenos los puertorriqueños.

El choque de las realidades económicas y lo que implican para la justicia social en una Isla superpoblada como la nuestra, lleva a Muñoz a repensar su aproximación al problema del status político. En vez de mirarlo desde la óptica del ideal para acomodar la realidad al ideal, lo cual le había resultado imposible, Muñoz se fija ahora en la realidad poblacional, económica, social, cultural puertorriqueña para idear un régimen de gobierno propio con un espacio de libertad dentro de la relación con los Estados Unidos que optimizara las posibilidades de desarrollo del país. Nuestras realidades y posibilidades de superación y lo que era posible bajo el sistema constitucional de los Estados Unidos lo llevaron a convertirse de independentista en autonomista y a la formulación del Estado Libre Asociado. El pueblo de Puerto Rico, concluyó Muñoz, no puede ser servidor de un status, sino que el status tiene que ser servidor del pueblo.

La conversión de independentistas a autonomistas tenía que darse también en los líderes del Partido Popular, pero no en el pueblo, cuyos sentimientos dictaban la conciencia de Muñoz. Los primeros pasos para esa conversión se dieron en la larga noche del 3 de julio de 1946 en Barranquitas. Muñoz, Maldonado nos dice, contaba años después que en el balcón de la casa en cuyo patio se efectuó la reunión, estaba su prima, la poetisa Clara Lair, quien de acuerdo con Muñoz, escuchó toda la noche el murmullo de voces cansadas buscando la salvación para un ideal caído y la voz de otro poeta que lideraba la reunión, una voz pesada con la pena adicional de estar hablando en prosa de un ideal sobre el cual hubiera preferido hablar en poesía.

La prosa de la realidad venció sobre la poesía idealista de la independencia. Pronto surgió el Partido Independentista Puertorriqueño liderado por el doctor Gilberto Concepción de Gracia, al cual se afiliaron miles de populares. Pero el desgarramiento emocional no lo padeció el pueblo el cual en las elecciones del '48 le dio una resonante victoria al Partido Popular y un mandato para gestionar la nueva relación autonómica con Washington.

Tampoco fue fácil en el Congreso, nos indica Maldonado. Con gran habilidad el Comisionado Residente Antonio Fernós Isern diseñó una estrategia consistente en un proyecto sencillo, la Ley 600 de 1950, para proponer al pueblo de Puerto Rico un pacto para otorgar su propia Constitución y asociarse a los Estados Unidos de América bajo los términos de la Ley de Relaciones Federales que proveía para la ciudadanía americana y las condiciones necesarias para el desarrollo: libre comercio, y autonomía fiscal. Mediante las

gestiones eficaces de Muñoz y del doctor Fernós el proyecto fue aprobado en 16 semanas.

El nacionalismo, liderado por Albizu Campos, reaccionó violentamente contra la aprobación de la Ley 600. El 30 de octubre de 1950 comenzó la revuelta nacionalista mediante ataques a los cuarteles de policía en Ponce, Peñuelas, Naranjito, Arecibo, Jayuya y a La Fortaleza, donde se encontraba Muñoz con su familia. Lograron tomar Jayuya y Muñoz tuvo que movilizar la Guardia Nacional para recuperar el pueblo. La tierra puertorriqueña quedó teñida de sangre de los nacionalistas y de los policías.

También corrió la sangre en Washington. Dos días después de los ataques en Puerto Rico, Griselio Torregrosa y Oscar Collazo, en un intento para matar al Presidente Truman, daban muerte en Washington a un policía que lo protegía. Muñoz telefoneó inmediatamente a Truman, y dirigió un mensaje por radio de costa a costa al pueblo americano asegurándole que la revuelta estaba bajo control y que los nacionalistas no eran representativos del pueblo puertorriqueño que atesoraba la democracia y la ciudadanía de Estados Unidos.

El pueblo de Puerto Rico, siguiendo su tradición democrática, aprobó el pacto en las urnas y eligió los delegados a la Constituyente que, dos años más tarde, aprobó la Constitución para crear el Estado Libre Asociado. Esto enderezó el proceso. Pero la Constitución tenía que ser ratificada por el Congreso. Al someterse al Congreso el Partido Independentista se movilizó en oposición a la Constitución y un constructor de Carolina del Sur a quien Muñoz había negado una

exención contributiva aprovechó la ocasión para tomar venganza, a través de su Senador.

La Constitución por poco naufraga en el Senado de los Estados Unidos. Para que se aprobara Muñoz tuvo que aceptar dos enmiendas que no menoscaban la naturaleza de la nueva relación pero resistió firme y victoriosamente una tercera que hubiera desvirtuado la esencia soberana en que se basaba el convenio y la Constitución, revistiendo de carácter colonial a la relación. Al ratificarse la Constitución, Muñoz enfiló en Puerto Rico sus cañones contra los líderes del PIP en su discurso del 4 de julio de 1952:

"Al Congreso llegaron cartas, telegramas, memoriales", dijo Muñoz, "solicitando y argumentando para que el Congreso faltara al respeto, a la voluntad del pueblo de Puerto Rico expresada tres veces en las urnas. ¡Y quienes así procedían eran los mismos que se llamaban defensores de la libertad y enemigos del colonialismo!

"En nombre de la libertad", vociferaban y le susurraban al Congreso: "dile a Puerto Rico que los votos de su gente buena y sencilla no valen nada". "En nombre de la libertad", le murmuraban al Congreso: "dile a los puertorriqueños que su práctica limpia de la democracia no vale nada ante el Congreso de la democracia más grande del mundo". "En nombre de la libertad" insistían en despojar a los puertorriqueños de su honda esperanza en el medio de los votos y la paz.

"Semejantes personas --¡ahora se ve claro!-- llevan en la mano un muñeco de cartón marcado con el nombre de la

libertad; pero por dentro lo que llevan es el más desarrapado espíritu colonialista. Mientras aquí un hombre, por sórdidos motivos de negocio, buscaba detener, en la forma más descarnadamente colonial, la voluntad del pueblo, los otros, los del muñeco de cartón marcado con el nombre de la libertad, le decían a quienes podían derrotar a Puerto Rico en el Congreso: "¡Amo, éntrale a fuetazos a los votos del pueblo de Puerto Rico!" Le decían : "Amo, crúzale la cara a bofetadas a la voluntad democrática del pueblo de Puerto Rico". Quien desprecia la dignidad de los votos de un pueblo, desprecia a un pueblo, agravia el nombre de la libertad al simular defenderla, porque la libertad es para el pueblo.

"Esos son, pueblo de Puerto Rico, los únicos colonialistas que aún tienes en tu seno. No los que por error o confusión se hayan prestado involuntariamente a hacerlo, sino los pocos que por espíritu de contumacia puedan persistir aún en no darse cuenta de la lacerante verdad y la profunda lección de lo que digo".

Esa lección que dio Muñoz en su discurso del 4 de julio de 1952 sobre lo que es la democracia y el respeto que requiere de los actores políticos para la voluntad actuante de un pueblo no se ha aprendido todavía. Este año hemos visto que esa mentalidad del colonizado, que busca el apoyo del amo para subvertir la libre expresión de la voluntad del pueblo, rige las actuaciones de los líderes del PNP y del PIP respecto al proyecto que gestionan en el Congreso para excluir al ELA de la papeleta en un supuesto plebiscito de autodeterminación.

No puede haber autodeterminación si se coarta la libertad del pueblo de Puerto Rico para plantear los términos de la relación que desea sostener con los Estados Unidos. No se dan cuenta que al pretender retorcer los principios de la democracia y atentar contra la voluntad del pueblo de Puerto Rico atentan contra las bases de concordia y de paz que sostienen la convivencia de todos los puertorriqueños.

Muy distinto es el proyecto presentado en el Senado federal por los Senadores Kennedy y Lott. Anclado en los más firmes y profundos principios democráticos, este proyecto nos convoca a elegir delegados a una asamblea constituyente para plantear la alternativa de status que prefiera el pueblo de Puerto Rico y obtener del Congreso una respuesta. De no ser la respuesta congresional en la afirmativa, se llevaría a cabo una nueva elección de delegados para un nuevo planteamiento hasta que se llegue a un acuerdo entre el Congreso y el pueblo.

La Asamblea Constituyente, según la plantea el proyecto Kennedy-Lott o la que nuestra Constitución provee, es el vehículo para articular la voluntad del pueblo puertorriqueño, expresarla, proyectarla y sostenerla todo el tiempo necesario para llegar a un acuerdo con el Congreso. Contrario a los plebiscitos que han fracasado como instrumentos de autodeterminación porque solo expresan la voluntad del pueblo en un momento dado, la Asamblea Constituyente sería la Democracia en Marcha, encarnaría la voluntad actuante de Puerto Rico para forjar su destino.

La vida y obra de Muñoz que narra Maldonado, nos revela que la piedra de toque para nuestra superación es la fusión democrática de los valores y aspiraciones del pueblo con los de aquellos que elige

en las urnas. El tránsito de Muñoz de la independencia al autonomismo pasó por las urnas, por los caminos del alma de nuestro pueblo, por sus limitaciones y posibilidades, por sus valores y sus contradicciones. Ahí encontró Muñoz la nueva forma de pensar sobre Puerto Rico, una forma que acomoda a todos aunque no satisface a todos. Una forma de convivencia y tolerancia para nuestras contradicciones.

Contracciones desgarradoras de la unidad necesaria para convivir y progresar. Unos quieren integrarse a Estados Unidos; otros quieren separarse. Si nos convertimos en Estado, ¿qué se harán los independentistas? ¿Podrían todos convivir en democracia sin recurrir al extremismo como lo hicieron los nacionalistas en el '50? Y los Estadistas, ¿podrían convivir bajo la independencia, o tendrían muchos que emigrar en masa hacia el Norte?

Viviendo un presente que no niega ningún futuro, todos convivimos bajo el Estado Libre Asociado. Su propia naturaleza nos acomoda y nos acoge. Su ordenamiento constitucional protege nuestras libertades. Constituido en tolerancia para las aspiraciones de un pueblo dividido provee la salida para sobreponernos a nuestras diferencias y progresar en los distintos órdenes de la vida. Desde esa casa grande donde se asienta la paz, tenemos que luchar para prevalecer sobre el tribalismo y las amenazas fascistas que precipitarían al país a la ingobernabilidad total y a la recesión económica.

Maldonado hace otra importante contribución a la historia puertorriqueña con este libro sobre Muñoz. Un pueblo que ignora su historia, está condenado a repetirla. Puerto Rico tiene que clavar

sus raíces en su historia. La historia es el sustento que provee el pasado al presente para hacer el porvenir. El legado moral de Muñoz que rompió el arcoiris sobre sus espaldas para darle vuelo creador al alma puertorriqueña, marca la ruta del porvenir. La historia de sus logros y de sus fracasos nos alecciona y nos vigoriza. Esa historia, que es la historia de la voluntad creadora del pueblo puertorriqueño ante sus adversidades y limitaciones, nos proporciona la sustancia vital para dar forma y color al mañana luminoso que podemos alcanzar los puertorriqueños.

